

franceses, y diseminados desde las ciudades anseáticas a Stralsund y de Stralsund a Colberg, no había tenido hasta el presente más destino que imponer respeto á la Alemania. La división holandesa custodiaba las ciudades anseáticas: una de las dos divisiones francesas hacia frente á los suecos más allá de Stralsund; la otra estaba en Stettin dispuesta á concurrir al bloqueo de Stralsund ó al asedio de Dantzic; por último, la división italiana bloqueaba á Colberg. Una vez terminados los sitios, resolvió Napoleón reunir en el octavo cuerpo todas las tropas francesas y agregarlo al ejército activo; por consiguiente, iba á tener, además del cuerpo de Massena, situado en el Narew, y además de los cuerpos de los mariscales Ney, Davout, Soult, Bernadotte y Murat, establecidos en el Passarge, otros dos cuerpos al mando de Mortier y de Lannes, entre el Vístula y el Óder y unidos con el segundo ejército que se proponía organizar en Alemania.

Para este segundo ejército dispuso todos los elementos del modo siguiente: estaban en la Silesia reunidos parte de los bávaros y todos los wurtembergueses, acabando bajo el príncipe Jerónimo y el general Vandamme los sitios de todas las plazas de aquella comarca. En el litoral del Báltico los holandeses, destinados en la actualidad al cuerpo de Mortier, y los italianos, asignados también al mismo, los unos establecidos, como acabamos de decir, en las ciudades anseáticas y los otros delante de Colberg. Eran éstos muy buenos auxiliares, completamente fieles hasta entonces, y que empezaban á aprender en nuestra escuela el arte de la guerra; trató Napoleón de aumentar su número y de darles por apoyo cuarenta mil franceses de buena y veterana tropa para que pudiesen formar sobre el Elba un ejército de más de cien mil hombres.

Pidió primeramente á la confederación del Rhin, fundándose en los armamentos sospechosos del Austria, una porción más del contingente que tenía derecho á reclamar, y que, debiendo ser de veinte mil hombres, le proporcionaría unos quince mil con corta diferencia. Con esto se disgustaba indudablemente á nuestros aliados los gobiernos alemanes; pero si la guerra actual se complicaba con la intervención del Austria, su reciente engrandecimiento corría tal peligro que no era maravilla exigir de ellos aquel nuevo esfuerzo. Por otra parte, iba á disgustarse más á los pueblos que á los gobiernos, y esta sola consideración hacía enojosa la exigencia. Imaginó también Napoleón pedir al nuevo reino de Italia dos de sus regimientos de infantería y otros dos de caballería; no era en Italia donde los soldados naturales de aquel país podían tener ocasión de aprender el arte de la guerra, sino en el Norte, en la escuela del grande ejército; y si los alemanes podían hasta cierto punto quejarse de servir á intereses que no parecían ser los suyos propios, los italianos no podían formar queja ninguna de este género, porque los intereses de la Francia eran los mismos de la Italia, y enseñándoles á combatir, se les enseñaba á defender un día su independencia nacional.

Concibió Napoleón otra idea que en aquel momento presentaba todas las apariencias de una medida maliciosa, y fué la de pedir tropas á la España. El príncipe de la Paz, que estaba siempre en traición oculta ó manifiesta, publicó la víspera de la batalla de Jena una

proclama en que llamaba al pueblo español á tomar las armas, con el singular pretexto de que la independencia de España estaba amenazada. Todos preguntaban, no sólo en Francia y en la Europa entera, sino en la España misma, quién podía amenazar aquella independencia. La respuesta no era difícil. El príncipe de la Paz había creído, como todos los adversarios de la Francia, en la superioridad del ejército prusiano, y había esperado de este ejército la destrucción del llamado enemigo común; pero habiéndose desengañado con la victoria de Jena, tuvo la osadía de decir que el objeto de su proclama era hacer que se levantase la nación española y conducirla al socorro de Napoleón en caso de necesitarlo éste. Esta mentira era demasiado grosera para hacerse ilusiones; Napoleón se contentó con recibirla con una sonrisa de desprecio, aplazando para otra época el ventilar esta queja; pero hallándose á la sazón en la línea de los Pirineos unos mil españoles de buenas tropas, que no tenían nada que hacer si no estaban destinados á hacer daño á la Francia, y hallándose otros tantos en Liorna, que, aunque encargados de custodiar aquella plaza del reino de Etruria, podían en vez de defenderla entregársela á los ingleses, fingió Napoleón estar satisfecho de la explicación que el príncipe de la Paz daba á su proclama, le dió las gracias por su celo y le pidió le diese una nueva prueba de su adhesión, auxiliándole con unos quince mil hombres de los que ocupaban inútilmente la frontera del Pirineo y la plaza de Liorna. Añadió Napoleón que su propósito era poner en sus manos el Hannóver, propiedad de la Inglaterra, para que sirviese de prenda á la restitución de las colonias españolas. No eran menester en verdad razones tan artificiosamente combinadas para un gobierno tan abyecto como el español de aquella época; no bien llegó á Madrid la nota de Napoleón, se dió orden á las tropas españolas para ponerse en marcha. Partieron del Pirineo unos nueve ó diez mil hombres y unos cuatro ó cinco mil de Liorna, y fueron recibidos, según las instrucciones dadas por Napoleón, del modo más amistoso y hospitalario, así en Francia como en los países sujetos á sus armas, suministrándoles en abundancia víveres, vestuario y hasta dinero.

Iba, pues, á tener en el Elba, entre alemanes, italianos, españoles y holandeses, cerca de unos sesenta mil hombres.

Los bávaros y wurtembergueses, reunidos al nuevo contingente pedido á la Confederación del Rhin, podían formar cerca de treinta mil hombres, quince mil los holandeses aumentados con algunas tropas, otros quince mil los españoles y de siete á ocho mil los italianos. Para que estos auxiliares llegasen á formar tropas excelentes, bastaba agregarles cierto número de franceses, y para esto imaginó Napoleón el medio de proporcionarse unos cuarenta mil de los más selectos, sacándolos también de Italia y de Francia. Ya de mucho tiempo atrás había tenido la precaución de mandar poner en pie de guerra el ejército de Italia, y en el Friul y Lombardía había cinco divisiones de infantes completamente organizadas. Resolvió pedir á Brescia y á Verona las dos divisiones de Molitor y de Boudet, divisiones excelentes, dignas de sus jefes, que probaron después en Essling y en Wagram de cuanto eran capaces. Representaban éstas una fuerza efectiva de quince á

diez y seis mil hombres, casi todos veteranos del ejército de Italia, entremezclados con algunos reclutas de los últimos alistamientos. Estas divisiones recibieron la orden de atravesar los Alpes y de encaminarse por Augsburgo, la una á Magdeburgo y la otra á Berlín. Con mes y medio tenían lo suficiente para este viaje.

Debilitaba Napoleón de este modo el ejército de Italia; pero la Italia á la sazón estaba muy lejos de tener la misma importancia que la Alemania. Bien guardado por sus espaldas mientras permaneciese en Polonia, seguro de poder caer sobre la Bohemia por la Silesia ó la Sajonia y de destruir al Austria de una sola cuchillada, estaba siempre seguro de poder desembarazar la Italia si llegaba á verse pasajeramente invadida. Calculaba, pues, con mucho tino, al preferir el fortalecerse en Alemania á fortalecerse en Italia. Por otra parte, al debilitar esta comarca, no lo hacía sin compensación, porque había mandado enviar allí veinte mil reclutas de los cupos de 1807 y 1808, y mandaba además sacar de los batallones de depósito las compañías de preferencia para formar en Lombardía otras dos divisiones activas, lo que facilitaba su previsión, que mantenía los depósitos de Italia, como los de Francia, siempre llenos y bien disciplinados. Iba, pues, á tener en breve, como antes, sesenta mil hombres en el Adige, setenta y dos mil con el cuerpo de Marmont, y noventa mil trasladando hacia Milán un grueso destacamento que había en Nápoles.

Pero no eran bastantes quince mil franceses en el Elba para servir de vínculo y de apoyo á los sesenta mil auxiliares que se proponía reunir allí, por lo cual pensó Napoleón sacar además de Francia otro precioso recurso. Había formado en Boloña, Saint-Ló, Pontivy y Napoleónville cuatro campamentos, compuestos de cierto número de sus regimientos más aguerridos, de los que necesitaban descansar y completarse, abasteciéndolos abundantemente de cuanta fuerza y material de guerra habían menester. Presentaban estos regimientos unos treinta y seis mil hombres, y como hemos dicho, debían ser auxiliados por varios destacamentos de guardias nacionales, para los cuales había seis mil hombres en Saint-Omer, tres mil en Cherburgo y tres mil entre Olerón y Burdeos; por diez mil marinos de la escuadrilla de Boloña; por tres mil artesanos regimentados en Amberes, ocho mil en Brest, tres mil en Lorient y cuatro mil en Rochefort; por doce mil guardacostas y por tres mil gendarmes que siempre había posibilidad de reunir en cualquier punto, convocando esta milicia en veinticinco leguas á la redonda. Formaban entre todos una fuerza de noventa mil hombres á lo largo de las costas, que podían suministrar veinticinco ó treinta mil á cualquier punto del litoral que estuviese amenazado. Imaginó también Napoleón substituir á las tropas regulares de los campamentos de Boloña, Saint-Ló, Pontivy y Napoleónville, otras de nueva creación, en cinco legiones organizadas por oficiales sacados del ejército con reclutas de los dos últimos alistamientos y mandadas por cinco senadores, formando cada una seis batallones y seis mil hombres, y entre las cinco treinta batallones y treinta mil hombres. Estas legiones debían irse instruyendo y estacionando en las costas del Océano. El estado de guerra permanente de la Francia desde el año 92 había hecho que se formaran tantos oficiales

que nunca faltaban cuadros para crear nuevos cuerpos. Los elementos de estas cinco legiones no podían verdaderamente hallarse reunidos antes de dos ó tres meses, es decir, hasta fines de mayo ó principios de junio; pero las tropas de los campamentos no iban á dejar todavía el litoral. Si para mayo y junio no se dirigían los ingleses hasta las costas de Francia, y por el contrario se les veía dar á la vela hacia las costas de Alemania, veinticinco mil veteranos de los campamentos seguirían el movimiento de las escuadras inglesas, subiendo al mismo tiempo que ellas por las orillas del canal de la Mancha, del mar del Norte y del Báltico, por la Normandía, la Picardía, la Holanda, el Hannóver y el Mecklemburgo, reuniéndose en Alemania con las dos divisiones de Boudet y de Molitor. Tenía orden de emprender esta marcha antes, si lo exigía la conducta de Austria, y debían en todo caso dejar en su lugar las cinco nuevas legiones cuya presencia sería útil aun antes de terminarse su organización.

Por medio de esta combinación iba á tener Napoleón con las divisiones de Boudet y de Molitor, con los veinticinco mil hombres sacados de Normandía y Bretaña y con los sesenta ó setenta mil auxiliares alemanes, italianos, españoles y holandeses, otro ejército de más de cien mil hombres en el Elba, además de los cuerpos de los mariscales Mortier y Lannes, cuyo encargo era unir el ejército de reserva con el grande ejército que operaba en el Vístula. Dotado de un talento admirable para mover sus masas, podía, replegando su retaguardia sobre su frente ó viceversa, ó sus alas una sobre otra, dirigir el grueso de sus fuerzas, ya avanzando sobre el Niemen, ya retrocediendo sobre el Elba, ya por la derecha hacia el Austria, ó bien por la izquierda hacia el litoral. Con todas las fuerzas que acababa de reunir y las que debía agregar más adelante, no tenía á sus órdenes menos de cuatrocientos cuarenta mil hombres en Alemania, de los cuales trescientos sesenta mil eran franceses y ochenta mil aliados. Nunca se habían reunido medios semejantes con más poder, con más energía ni con más prontitud.

Entre todos estos refuerzos sólo habían llegado los nuevos regimientos sacados de Francia y de Italia, los regimientos provisionales, con los cuales se iban llenando cada día las filas del grande ejército, los bávaros y wurtembergueses que operaban en la Silesia, los holandeses acampados en el Báltico, y las tropas de Mortier diseminadas en torno de Stralsund, de Colberg y de Dantzic. Pero ya se habían comunicado las órdenes correspondientes á las divisiones de Boudet y de Molitor y á las demás tropas italianas, alemanas, españolas y francesas.

El mariscal Brune, que se hallaba en el campamento de Boloña de general en jefe, debió al glorioso recuerdo del Hélder el ser llamado á Berlín para encargarse del mando del segundo ejército reunido en Alemania. Entretanto continuaban los sitios. Antes de narrar las vicisitudes del más importante de todos ellos, del que llenó con hechos memorables todo aquel invierno, cumple mencionar un accidente que estuvo á pique de comprometer seriamente la seguridad de nuestras espaldas. El mariscal Mortier, que mandaba el octavo cuerpo y que desde la partida del rey Luis tenía á sus órdenes cuatro divisiones, una holandesa, otra italiana y dos

francesas, había situado hacia la embocadura del Elba la división holandesa dejando delante de Stralsund la división francesa de Grandjeán, apostando en Stettin la división francesa de Dupás, y llevando la división italiana delante de Colberg para reprimir las incómodas partidas que la guarnición de esta plaza mandaba á recorrer la comarca entre el Vístula y el Óder. Añádase á esto que de los seis regimientos que componían las dos divisiones francesas, se habían sacado cuatro para darles diversos destinos: el 2.º ligero para dirigirlo sobre Dantzig; el 12.º ligero para enviarlo á Thorn y los de línea 22 y 65 para reforzar el ejército acampado en el Passarge. Dióse en compensación al mariscal Mortier el 58, acabado de llegar de París, y se le destinaban además varios otros regimientos procedentes de Francia. Así pues, sólo pudo dar al general Grandjeán dos regimientos franceses, el 4.º ligero y el 58 de línea. Llevó consigo el 72 para apoyar á los italianos delante de Colberg.

Este fué el momento que escogieron los suecos para hacer una tentativa contra nuestras espaldas. Seguían ocupando á Stralsund, plaza marítima importante de la Pomerania sueca, que era el apeadero por donde continuamente bajaban á Alemania, y que ciertamente hubiera merecido un asedio formal si el de Dantzig no obtuviese la preferencia sobre cualquiera otra empresa de este género. El rey de Suecia, cuyo trastorno intelectual debía costar á su familia el trono y á su país la Pomerania y la Finlandia, se había jactado de desembarcar por Stralsund con un ejército de rusos, ingleses y suecos, y de poder intentar como otro Gustavo-Adolfo una irrupción gloriosa en el continente de Alemania. Pero Napoleón, dueño absoluto de este mismo continente, había obligado á las tropas suecas á ampararse en Stralsund, donde estaban como bloqueadas en una cabeza de puente. El rey de Suecia, tan exaltado con sus amigos como con sus enemigos, se mostraba muy descontento de la Rusia, pero principalmente de la Inglaterra, que no le enviaba un solo soldado y que además le escatimaba los subsidios con una mezquindad inaudita, por lo que reducido á sus Estados desde que se le estorbaba el viajar por el continente, vivía en Stokolmo triste y aislado, dejando al general Essen en Stralsund con un ejército de quince mil hombres de buenas tropas. Advertido este general del verdadero estado de las fuerzas enemigas, cedió á la tentación de forzar la línea del bloqueo que defendían los franceses con muy escasa hueste, y á principios de abril desembarcó al frente de quince mil suecos contra el general Grandjeán, que apenas tenía cinco ó seis mil hombres que oponerles, y franceses la mitad á lo sumo. El general Grandjeán, después de defenderse arrojadamente delante de la plaza, se vió amenazado de ver sus alas envueltas y tuvo que retirarse, primero sobre Ancklan, y después sobre Unkermunde y Stettin. Se retiró en buen orden, auxiliado por el desnudo de los franceses y de los holandeses, y dejó en el campo de batalla pocos soldados, pero una buena cantidad de efectos militares y varios destacamentos aislados que no habían podido ponerse en cobro, principalmente en las islas de Usedom y de Wollin, que cierran el Grosse-Haff.

Esta sorpresa produjo cierta conmoción en las espaldas del ejército, sobre todo en Berlín, cuya población

enemiga, profundamente apesurada y ansiosa de acontecimientos, buscaba en toda circunstancia imprevista un alimento para sus esperanzas; pero la fortuna de la Francia, tan próspera á la sazón, no podía permitir á sus adversarios muy prolongados solaces. Llegaban á la sazón al Elba y al Óder varios de los regimientos procedentes de Francia, entre otros el 15 de línea y varios regimientos provisionales de marcha, y el general Clarke, que administraba á Berlín con prudencia y firmeza, mandó salir inmediatamente el 15 de línea para reforzar al general Grandjeán en Stettin. Agrególe un regimiento provisional y varios escuadrones de caballería que había disponibles en el gran depósito de Potsdam. También por su parte el mariscal Mortier volvió atrás á la cabeza del 72 y de varios destacamentos italianos sacados de Colberg. Todas estas tropas, reunidas á la división de Grandjeán, eran bastantes para escarmentar á los suecos en su tentativa. Distribuyólas el mariscal Mortier en dos divisiones al mando de los generales Grandjeán y Dupás; puso en la primera el 72, el 15 de línea y los holandeses, y en la segunda el 4.º ligero, el 58 de línea y unos cuantos italianos; destinó los regimientos provisionales á proteger su izquierda y sus espaldas, y avanzó contra el enemigo con aquella tranquilidad resuelta que tanto le caracterizaba. Fué rechazando á los suecos de una posición en otra, los repelió sobre el Peene, forzó el paso de este río y los acorraló en Stralsund, causándoles una pérdida de varios centenares de muertos y dos mil prisioneros. Acababa, pues, el 18 de abril la excursión de los suecos comenzada á principios de aquel mismo mes. El general Essen, temiendo perder en breve la Pomerania entera, trató de libertarla por medio de un armisticio. Ofrecióse de su parte al mariscal Mortier, por medio de un parlamento, la neutralidad de esta provincia y la suspensión en ella de todas las hostilidades. No pudiendo nosotros poner sitio á Stralsund, nada nos interesaba más que cerrar á los ingleses aquel desembarcadero para penetrar en Alemania y hacer disponibles al mismo tiempo para el sitio de Dantzig las tropas que hubiera convenido dejar en la Pomerania sueca; por lo tanto el mariscal Mortier, que sabía el designio de Napoleón sobre este asunto, accedió á un armisticio en cuya virtud prometían los suecos observar una neutralidad escrupulosa, no consentir el paso por la Pomerania á ningún enemigo de la Francia, y no suministrar auxilio de ninguna especie ni á Dantzig ni á Colberg. A toda renovación de hostilidades debía preceder un aviso dado con diez días de anticipación. Este armisticio fué enviado á la aprobación de Napoleón.

No podía éste calcular de otra manera que su lugar teniente, porque el mismo motivo que le había hecho reducir al número menor posible las tropas acampadas delante de Stralsund, debía hacerle aceptar un armisticio que anulaba á esta plaza sin distraer parte alguna de nuestras fuerzas para establecer su bloqueo; aceptó por lo tanto el armisticio propuesto, con la condición de que el plazo para participar la renovación de las hostilidades se extendiese de diez días á un mes.

El general Essen firmó el armisticio con esta modificación y lo envió á Stokolmo para que recayese en él la ratificación real. Entretanto el mariscal Mortier debía permanecer en el Peene con sus fuerzas, y trasladarlas

después hacia Stettin, Colberg y Dantzig, encargando no obstante á los holandeses la vigilancia de la provincia neutralizada.

Si bien los suecos habían favorecido nuestras miras adoptando este armisticio, también á ellos les era favorable, porque las fuerzas francesas se iban acumulando en Berlín. El 3 de línea sacado de Braunau, que tenía tres mil cuatrocientos hombres, cuatro ó cinco regimientos provisionales que marchaban del Rhin al Elba, el 15 de cazadores que estaba de remonta en el Hannover, y por último el 19 de línea que había salido del campamento de Boloña, todas estas fuerzas se encaminaban hacia la Pomerania, y los suecos iban á pagar con su completa destrucción el tiempo que hacían perder á nuestras huestes.

Entretanto la plaza de Dantzig fué circunvalada y empezaron las obras para el sitio. Napoleón en un principio sólo se había propuesto bloquearla; pero prolongándose la guerra, resolvió emplear el invierno en su rendición. Bien lo merecía la plaza: Dantzig, en efecto, es la llave del Vístula inferior, domina las fértiles llanuras que este río atraviesa hacia su desembarcadero, encierra un dilatado puerto, y en él la riqueza de todo el comercio del Norte. Una vez dueño de Dantzig, no podía ya Napoleón perder su posición en el Vístula inferior, quitaba á los coligados el medio de envolver su izquierda, y se hacía dueño de un inmenso acopio de vinos y granos, suficiente para alimentar su ejército por más de un año. Era, pues, imposible utilizar mejor el invierno de otro modo que con semejante conquista. Pero para ésta se requería un largo asedio, ya por las fortificaciones de la plaza como por la numerosa guarnición encargada de defenderla. Si desde el principio de la campaña hubiera podido Napoleón arriesgar aquel asedio, era probable que las fortificaciones de Dantzig, que además de ser de tierra estaban muy descuidadas, hubiesen cedido á un ataque imprevisto; pero Napoleón no tenía á la sazón ni tropas disponibles ni gruesa artillería, y se había visto reducido á bloquear á Dantzig con unos cuantos alemanes y polacos auxiliares, sostenidos por un solo regimiento francés, que era el 2.º ligero. Por esta razón, el rey de Prusia, advertido, había tenido tiempo para poner en estado de defensa una plaza que era el último baluarte de su reino y el principal depósito de sus riquezas, y en cuanto de él dependía, un peligro formal para Napoleón. Puso en ella una guarnición de diez y ocho mil hombres, catorce mil prusianos y cuatro mil rusos, y le dió por gobernador al célebre mariscal Kalkreuth, que á la sazón estaba ocioso y descontento en Koenigsberg, y que era muy á propósito para aquella especie de mando. No era de temer que este antiguo guerrero, que acababa de condenar á muerte al comandante de Stettin por haber entregado el puesto confiado á su custodia, opusiese á los franceses una débil resistencia. El mariscal Kalkreuth, no bien tomó posesión de aquel mando, acabó de incendiar los ricos arrabales de Dantzig que su predecesor había empezado á entregar á las llamas, y se dedicó á reparar las fortificaciones, á infundir ánimos en la guarnición y á intimidar á todo el que tuviese intención de rendirse.

No era, pues, ya la ciudad de Dantzig en el mes de marzo de 1807 una plaza arruinada ó descuidada que

fuera posible tomar por sorpresa; además de que tenía un excelente gobernador, una guarnición respetable y espaciosas y sólidas fortificaciones, ocupaba una situación de muy difícil acceso. El Vístula, como todos los grandes ríos, tiene su delta; un poco más abajo de Mewe, á unas quince leguas del Báltico, se divide en dos brazos que riegan y circuyen un país fértil y pingüe, llamado isla de Nogath. Uno de estos brazos, el de la derecha, desagua con el mismo nombre de Nogath en el golfo de Frische-Haff; el otro, ó el de la izquierda, que conserva el nombre de Vístula, corriendo directamente hacia el Norte hasta una legua del mar, se detiene de repente en un banco de arena, tuerce al Oeste, y después de seguir su dirección en un espacio de siete á ocho leguas, vuelve á enderezarse al Norte y desagua por fin en el Báltico. Pues en la embocadura de este último brazo del Vístula, en medio de un país llano, de fertilidad suma, inundado con frecuencia y al pie de unas colinas arenosas está situada la ciudad de Dantzig á una regular distancia del mar. El dilatado banco de arena donde tuerce el Vístula para correr hacia el Oeste lleva el nombre de Nehrung. Por un lado concluye enfrente de Dantzig, y por el otro, prolongándose unas veinte leguas, viene á formar una de las orillas del Frische-Haff, llegando hasta Koenigsberg, formando en Pillau un barranco natural abierto por las aguas del Nogath, del Passarge y del Prégel, para verter en el Báltico las aguas del Frische-Haff. Por Pillau, en efecto, es por donde se penetra desde Frische-Haff en el Báltico, y por donde se hace la navegación de la importante ciudad de Koenigsberg.

Así, pues, con tal que se atreviese el angosto paso de Pillau, se puede comunicar por tierra entre Koenigsberg y Dantzig siguiendo el banco de arena del Nehrung, que tiene una legua de ancho á lo sumo y por lo general mucho menos, y veinticinco de longitud, que no tiene un solo árbol, excepto en los alrededores de Dantzig, y que apenas cubren unas cuantas cabañas de pescadores.

La ciudad de Dantzig, situada en el brazo izquierdo del Vístula, que es el que conserva este nombre, está á dos mil trescientas toesas de la mar, es decir, á una legua con corta diferencia. El fuerte de Weichselmünde, medianamente construido, cierra la embocadura del Vístula. Para abreviar el camino desde la plaza á la mar se ha abierto un canal, llamado canal de Laake. El terreno comprendido entre el río y el canal presenta la figura de una isla, llamada *El Holm*. En esta isla hay numerosos reductos que dominan el río y el canal, que forman las dos salidas hacia el mar. Por último, la misma plaza situada en la orilla del Vístula, atravesada por un riachuelo llamado el Motlau, rodeada por sus aguas reunidas y encerrada en una muralla con bastiones de veinte frentes, es de difícilísimo acceso, porque la rodea una inundación continua, no ya ficticia, sino natural, que el sitiador no puede evitar cuando le conviene por medio de sangrías, y contra la cual á los mismos habitantes les es trabajoso defenderse en ciertas épocas del año y en determinadas horas. Así, pues, la plaza de Dantzig, rodeada por el Norte, por el Este y por el Sur de terrenos inundados, donde no pueden abrirse trincheras, sería de todo punto inaccesible si no fuera por las alturas arenosas que la dominan y que terminan en

rápidas vertientes al pie de sus muros por el lado del Oeste. Por esta razón estas alturas han estado siempre ocupadas para la defensa y coronadas por una línea de fortificaciones que vienen á formar una segunda muralla, y por estas mismas alturas es por donde se ha verificado generalmente la expugnación de Dantzic. En efecto, después de asaltar la doble muralla que ocupa su cúspide, es muy fácil abrasar la ciudad con fuegos perpendiculares, sin que pueda oponer ninguna resistencia eficaz. Sin embargo, el asalto de la doble muralla no deja de ofrecer graves dificultades. Las fortificaciones de Dantzic son de tierra, y en vez de escarpas de fábrica presentan taludes cubiertos de césped; pero al pie de estos mismos taludes había á la sazón una línea de robustas empalizadas de enorme dimensión (pues cada estaca tenía quince pulgadas de diámetro), de estacas muy juntas y profundamente hincadas en tierra. Era posible hacerlas astillas á cañonazos ó troncharlas por la cabeza, pero no arrancarlas. En la parte superior de aquellos taludes, y detrás de la empalizada, había enormes vigas, suspendidas con cordeles, destinadas á rodar en el momento del asalto sobre los sitiadores. Además, en todos los ángulos entrantes de la fortificación (*plazas de armas entrantes*) se habían construido reductos pequeños de maderaje (*blockhaus*) revestidos de tierra y casi impenetrables á las mismas bombas. Habíase prodigado allí bajo todas las formas posibles la madera de los llanos del Norte, á la cual sirve Dantzic de depósito, con objeto de fortificar esta ciudad, y no faltó en breve ocasión de estudiar y apreciar sus propiedades defensivas, que después de la ejecución de este memorable asedio fueron entregadas al olvido. Por último, la cantidad inmensa de municiones, los víveres suficientes para mantener la población y las tropas por más de un año, las comunicaciones continuas establecidas con la ciudad de Königsberg, ya por mar, ya por el Nehrung, comunicaciones que inspiraban á la guarnición sitiada una completa confianza de ser socorrida y de poderse retirar cuando quisiera, aumentaban las probabilidades de la defensa y las dificultades del ataque.

El mariscal Lefebvre, encargado del mando de las tropas que debían ejecutar el sitio, no poseía ninguno de los conocimientos que reclamaba esta operación; no había en todo el ejército soldado más ignorante ni más arrojado. Nunca veía más que una solución en todas las cuestiones del arte suscitadas por los ingenieros, y era el entrar al asalto al frente de sus granaderos. Pero Napoleón le dió aquel cargo á pesar de su insuficiencia, porque deseaba, como en otra parte lo hemos indicado, proporcionar ocupación á los senadores; porque no le gustaba dejar ocioso en París á ningún veterano leal y sumiso que de tiempo en tiempo diese suelta á su lengua si no se le reprimía; y por último, porque quería, sin confiarle precisamente el mando de un cuerpo de ejército, proporcionarle la ocasión de merecer una gran recompensa. El valiente Lefebvre, que hacía olvidar su ignorancia con cierta chispa de natural ingenio, sabía hacerse justicia y mostró un verdadero espanto al saber el cargo que Napoleón quería confiar á sus débiles hombros. Éste le tranquilizó, prometiéndole enviarle los auxilios que hubiera menester y guiarle por sí mismo desde su campamento de Finkenstein. «Tenga us-

ted ánimo, le dijo, es preciso que usted también tenga algo que contar en el salón del Senado cuando volvamos á Francia.»

Vencido por estas benévolas expresiones, se apresuró el mariscal á obedecer. Le agregó Napoleón para que le dirigiesen dos oficiales del más relevante mérito, que fueron el ingeniero Chasseloup y el general de artillería Lariboissiere, persuadido de que las dos armas de ingenieros y artillería son las que derriban las murallas de las plazas fuertes. Verdad es que estas dos armas difieren á menudo de consejo, porque el cargo de la una es determinar los ataques, y el de la otra ponerlos por obra á cañonazos, y en esta difícil tarea se rozan demasiado la una con la otra para no contradecirse. Por lo mismo, conviene que el general que manda en jefe las mantenga siempre en armonía; pero como Napoleón se hallaba á treinta ó cuarenta leguas de Dantzic, siempre podía resolver por medio de su correspondencia diaria todas las dificultades que ocurriesen y enviar uno de sus edecanes, ya fuese el general Savary ó ya el general Bertrand, para terminar en su nombre las disputas que el mariscal Lefebvre era incapaz de comprender y de juzgar; así lo hizo, en efecto, en diversas ocasiones durante el sitio.

Resolvió Napoleón empezar los primeros trabajos con las fuerzas auxiliares y uno ó dos regimientos franceses sacados del cuerpo del mariscal Mortier, y después, mientras los regimientos traídos de Francia pasasen por cerca del Vístula, detenerlos momentáneamente bajo los muros de Dantzic para reforzar á las tropas sitiadoras. Así, pues, las fuerzas confiadas al mariscal Lefebvre en un principio fueron las siguientes: cinco ó seis mil polacos del nuevo alistamiento, apenas instruidos; dos mil quinientos hombres de la legión del Norte, compuesta de polacos y de desertores alemanes y rusos, gente resuelta, pero sin solidez, por carecer de una organización en regla; dos mil doscientos badenses poco avezados al fuego y á las fatigas de la trinchera; cinco mil sajones, que aunque buenos soldados, no habían podido aún cobrarnos gran cariño por haberse batido al lado de los prusianos en Jena; por último, tres mil franceses del 2.º ligero y de los regimientos 23 y 19 de cazadores de caballería, procedentes de Italia, y seiscientos zapadores, tropa incomparable que se cubrió de gloria supliendo á cuanto era menester en este famoso sitio. Vemos, por consiguiente, que con diez y ocho mil hombres á lo sumo, entre los cuales sólo tres mil eran franceses, iba á emprenderse el asalto en regla de una plaza que encerraba diez y ocho mil hombres de guarnición.

La artillería gruesa, de la cual se necesitaban por lo menos cien piezas con inmensas provisiones de pólvora y proyectiles, no podía sacarse sino de los arsenales de la Silesia. No pudiendo verificarse los transportes por agua, había que arrastrarla con enormes trabajos desde el Óder al Vístula por malísimos caminos. Corría el mes de marzo y aún no había llegado. Pero antes de batir la plaza, lo primero que convenía hacer era circunvalarla para privar á su guarnición de los refuerzos y refrescos que podía recibir de Königsberg. Para lograrlo, era menester por una parte separarla del fuerte de Weichselmünde, y por la otra interceptar el largo banco de arena del Nehrung, que, como hemos dicho,

se extiende desde Königsberg á Dantzic con una sola cortadura en Pillau.

Nos acercamos á la plaza por las alturas arenosas que la dominan al Poniente, y teníamos delante la muralla exterior construída en dichas alturas, la ciudad á nuestros pies, á la izquierda el Vístula desaguando en el Báltico por entre las obras del fuerte de Weichselmünde, á la derecha la vasta extensión de las tierras que inundaba el Motlau, y por el frente, hasta perderse de vista, el Nehrung, bañado á un lado por el mar, al otro por el Vístula, é internándose en el horizonte hacia el Frische Haff; formaba todo un circuito de siete á ocho leguas que era imposible encerrar con diez y ocho mil hombres. Verdad es que ocupando ciertos puntos, la circunvalación podía ser suficiente. De este modo, situándose en el Vístula entre el fuerte de Weichselmünde y Dantzic, se interceptaban las comunicaciones por mar; estableciéndose en el Nehrung, se interceptaban las comunicaciones por tierra. Pero solamente para apoderarse de los puntos principales hubiera sido preciso coronar primero las alturas, bajar después por la izquierda, tomar las fortificaciones de Weichselmünde en las dos orillas del Vístula, ó en vez de esto cortar por lo menos el río, pasar á la isla de Holm y tomar el canal de Laake. Después hubiera sido menester, además de descender por la izquierda, descender también por la derecha á la llanura inundada, atravesarla por los diques, pasar el Vístula por más arriba de Dantzic, lo mismo que se había pasado por debajo, entrar en el Nehrung, atrincherarse allí, é interceptar el camino de tierra lo mismo que el de mar. Vencidas estas primeras dificultades, ya podía abrirse la trinchera junto al circuito de la plaza; pero para eso se hubieran necesitado ocho ó diez mil hombres más de buenas tropas, y no los teníamos; por lo cual, oída la opinión del ingeniero Chasseloup, se recurrió al medio de elegir, entre las diversas operaciones preliminares, la que parecía más urgente y menos difícil. Atravesar el Vístula por debajo de Dantzic, por entre el fuerte de Weichselmünde y la plaza, penetrar en la isla de Holm, sufriendo el fuego de unos reductos bien defendidos, y á pesar de las salidas que podían hacerse, ya de Weichselmünde, ya de Dantzic, era muy expuesto; se resolvió, por lo tanto, pasar por una ó dos leguas más arriba de Dantzic, hacia un paraje llamado Neufahr, establecer allí un pequeño campamento, interceptar de este modo el Nehrung, y después, á medida que fuera posible, reforzar este campamento, irse acercando á Dantzic para reunirlo con las tropas que más adelante atravesarían el Vístula por entre la plaza y el fuerte de Weichselmünde.

Confióse esta operación al general Schramm con un cuerpo de unos tres mil hombres, compuesto de un batallón del 2.º ligero, de varios centenares de granaderos sajones, de un destacamento polaco, infantería y caballería, y de un escuadrón del 19 de cazadores. El 19 de marzo por la mañana, y á la altura de Neufahr, dos leguas más allá de Dantzic, fueron transportadas las tropas en unas barcas que pudieron proporcionarse; atravesaron el Vístula, cuya anchura disminuye después de dividido en varios brazos, y para esta operación se valieron de una isla situada cerca de la opuesta ribera. El general Schramm, trasladado al Nehrung de resultas de este paso, distribuyó su pequeño cuerpo en

tres columnas, una á la izquierda para caer sobre las tropas enemigas que defendían la posición por el lado de Dantzic, otra á la derecha para repeler á las que se presentasen por el lado de Königsberg, y otra finalmente para que sirviese de reserva. Colocó á la cabeza de cada una de estas columnas un destacamento de franceses que animasen á los demás con su ejemplo.

Apenas hubieron desembarcado las tropas del general Schramm, impelidas por el batallón 2.º ligero, giraron por la izquierda, embistieron á los prusianos y los arrollaron á pesar del más violento fuego. Mientras la columna principal tomando por la izquierda los acorralaba hacia Dantzic, la segunda permanecía de observación en la carretera de Königsberg, y la tercera, de reserva, servía de refuerzo á la primera. Habiendo querido aprovecharse el enemigo de los obstáculos naturales del terreno para renovar su resistencia, porque el Nehrung al acercarse á Dantzic presenta una barrera de bosques y dunas, la primera columna, auxiliada por la tercera, le rechazó de nuevo y le mató algunos hombres, haciéndole también varios prisioneros. Los sajones en esta ocasión rivalizaron con los franceses; unos y otros repelieron al enemigo hasta las explanadas del fuerte de Weichselmünde, de donde habían salido las tropas que defendían el Nehrung.

Parecía concluído el combate, cuando hacia las siete de la tarde se vió salir de Dantzic una columna de tres á cuatro mil prusianos, la cual se encaminó por el Vístula arriba, batiendo marcha y con banderas desplegadas. El 2.º ligero detuvo á esta columna con un fuego certero y nutrido, después cerró con ella á la bayoneta y la repelió sobre Dantzic, donde se apresuró á encerrarse. Esta jornada, que nos dió la posesión de un paso en el Vístula por más arriba de Dantzic y una posición que interceptaba el del Nehrung, costó al enemigo de dos á tres mil hombres que quedaron fuera de combate y de quinientos á seiscientos prisioneros. El capitán de ingenieros Girod, encargado de dirigir la expedición, se distinguió en ella por su inteligencia y serenidad. Concluída la operación, mandó derribar árboles, alzar barreras y establecer en el Vístula un puente de barcas con una sólida cabeza de puente. Guareciéronse nuestras tropas en aquella defensa y establecieron avanzadas de caballería, que por una parte llegaban hasta las explanadas del fuerte de Weichselmünde y por la otra se extendían hasta Nehrung en dirección de Königsberg.

En los días siguientes, el general Schramm, que mandaba aquel destacamento, procuró bajar hasta Heubude para estrechar la plaza más de cerca y apoderarse también de una esclusa de la mayor importancia para una inundación. Pero esta esclusa, rodeada de agua, no era accesible por ningún lado, y por lo tanto hubo que renunciar á tomarla, limitándose á aproximar el puente de barcas hasta Heubude. Sin embargo, aun después de haber transportado á dicho punto aquella posición del Vístula superior, tenía que recorrer seis leguas de terrenos inundados á lo largo de los diques para comunicar con el cuartel general, y por lo tanto, al querer cortar las comunicaciones del sitiado, estaba expuesto á perder sus propias comunicaciones.

El 26 de marzo intentó el enemigo dos salidas: la una de la plaza, dirigida por las puertas de Schilditz y de Oliva, contra nuestras avanzadas, con propósito de